

# SALUD Y ENFERMEDAD\*

C.M. Martini

---

*Cuando el hombre aprende a superar en sí mismo una visión posesiva y completa de los bienes terrenos, aprende incluso a creer y esperar más allá de la liviandad de aquellos bienes, comprendido el bien de la salud.*

En nuestros tiempos el cuidado del cuerpo ya no está en función de un gozo estético, como en la antigua Grecia, o de un placer reservado a pocos, como en la antigua Roma. Ha llegado a ser un fenómeno de masas.

## Un cuerpo sano, a toda costa

¡Qué no se hace hoy por el bienestar del cuerpo! A este respecto se puede hablar hasta de una especie de obsesión por el cuerpo.

Camino por las calles y me siento como observado por grandes manifiestos y cuidadas publicidades, que me prometen «estar bien»; en las farmacias, productos de todo tipo para mejorar el aspecto, el rendimiento, para devolver juventud; en las editoriales, revistas especializadas para la salud, la buena forma, la línea, la fitness (vigor, salud). En continuo aumento el número de gimnasios, beauty center (centros de belleza), salas y «oasis» para el relax (relajamiento) y la meditación profunda; en los negocios deportivos, accesorios para el jogging (dinamismo, movilidad), todos del ultimísimo modelo, costosos complementos para los más diversos ejercicios gimnásticos. Porque todo esto hace bien.

## El culto del cuerpo

La salud y la búsqueda del bien parecer en verdad se asemejan a un culto, con sus devociones, sus ascesis y sus sacrificios. Se hace cualquier cosa a fin de poseer un cuerpo bello, sano, envidiable. ¡Se nos tilda por la salud!

Me viene a la mente un versículo del libro del Sirácida (Eclesiástico): «Ni hay riqueza mejor que la salud del cuerpo, ni contento mayor que la alegría del corazón» (30,16). Es un complemento importante.

## Salud y salvación

El cuerpo está más que nunca en el centro de atención, casi como un objeto de veneración.

Probablemente se nos ha hecho llegar hasta ahí reaccionando contra una infravaloración del cuerpo en tiempos pasados (pero, ¿quién puede averiguar el pensamiento de nuestros padres?); y así, la salud y el estar en forma, valorados de una manera exclusiva, han sido vendidos por «salvación».

Si en otras épocas el término «salud» era usado sobre todo, o al menos, para indicar también la del alma (el vocablo latino *salus* significa salud y a la vez salvación), hoy salud se toma por sanidad física y la salud frecuentemente es reclamada con el ansia con la que se busca y se desea una salvación.

---

\* C. M. Martini, *Sobre el cuerpo*, Edicep, Valencia 2001, pp. 9-22.

## **Los «santuarios» de la salud**

¿Qué ocurre cuando me parece llegar a perder el estar bien, la buena forma?

Estoy lleno de temor como con la pérdida de un bien, que tengo por intransferible. Acudo entonces a apuestos santuarios, con ritos sagrados para recuperar la salud, la belleza, la fuerza, la juventud.

Santuarios, que tienen sus atuendos sagrados, las blancas batas o roquetes; sus procesiones, el personaje principal o primero con sus ayudantes; sus liturgias, el lenguaje iniciador misterioso; sus prescripciones y sus prohibiciones.

De todo esto no me asombro tanto. Acepto las ventajas, espero los beneficios; pero, al mismo tiempo, me pregunto: ¿qué tipo de concepción del hombre y del cuerpo comporta todo esto?

## **Omnipotencia de la tecnología**

El bienestar duradero y gratificante del cuerpo, que el hombre y la mujer han deseado legítimamente desde siempre, parece estar en nuestra época al alcance.

Si los seres humanos han buscado espontáneamente estar bien, en todo tiempo, creo que hoy tenemos casi totalmente los medios para alcanzarlo. De hecho, disponemos de instrumentos sofisticados para controlar, conservar, recuperar la salud del cuerpo.

La eficacia de los medios de hoy es tal vez concebida como omnipotencia de la tecnología: nos indignamos y somos incrédulos cuando un médico no encuentra los remedios justos, cuando un cirujano no promete una curación segura. La gente está convencida que el remedio definitivo no puede dejar de existir; ¡si no en nosotros, al menos en otra parte, quizás en Francia, en Suiza, en América o en Australia existirá al menos la medicina triunfante, la operación que salva!

Y si hoy no, mañana: es cuestión de tiempo, de esperar un momento nuevo, un próximo salto en la búsqueda y en la aplicación técnica. Quien resista, vivirá.

## **El cuerpo sale del silencio**

La salud es silencio del cuerpo; un silencio del que se sale cuando se enferma, cuando se advierte el dolor físico.

Obligado a estar en la cama, siento la limitación del tiempo porque los proyectos guardados en la cartera vienen vulnerados; siento la limitación del espacio porque no puedo moverme, encontrar a quien quisiera.

La enfermedad no es solamente un «rumor de los órganos» –como alguien ha escrito–; es también un murmullo de pensamientos, que me remontan y me atormentan. No soy útil para nadie, no estoy en disposición de trabajar, temo ser un peso para los demás, rechazo hacerme servir, hacerme ayudar.

Tal vez, vengo a sentirme obligado por el miedo hacia el futuro, que veo oscuro; en cualquier momento tengo la impresión de no recibir los cuidados idóneos. La soledad, el sufrimiento físico, la irritabilidad, la desilusión, la dificultad de comunicación me turban, me dan una imagen de mí que no conocía.

El flujo espontáneo y positivo de la vida se ha bloqueado y estoy tentado de no fiarme ya más de nadie, ni siquiera de mí mismo.

### **Lugar de división**

La enfermedad vuelve a relacionarme con lo esencial, revela la raíz del mal; desesperante, me provoca el volver a ver aquello por lo que he vivido y vivo. Mientras está bien, el cuerpo no tiene necesidad de ser interpretado.

La enfermedad puede llegar a ser acusadora y manifestadora de culpabilidad: ¿qué mal he hecho?, ¿por qué me ha sucedido esto precisamente a mí? Es, por lo tanto, un término de división, diabólico, y si no entiendo el sentido puedo hasta destruirme.

Si de hecho el dolor y la enfermedad resultan siempre duros para vivir, lo llegan a ser doblemente cuando no se les conoce el sentido.

### **Un caso serio**

En la enfermedad la persona se siente obligada a reflexionar sobre su propia existencia, es inducida a volver a pensar sobre la imagen que se había hecho de sí misma en el tiempo en que estaba en forma, con buena salud.

Experimenta de un modo diverso la propia corporeidad y la fragilidad de la condición humana, de criatura, y puede llegar a abandonarlo todo lo que está en cuestión preguntándose: pero, ¿para qué vivir, si después se debe morir?

Por ello, un enfermo tiene necesidad de sostén y de consuelo, incluso espiritual. Volveré a tratar sobre este tema hablando de los sacramentos y, en particular, de la unción de enfermos.

### **El servidor se rebela**

La enfermedad es algo que se refiere a la carne, es el acontecimiento en el que nos damos cuenta de las prepotentes exigencias y de los gritos de nuestro cuerpo, que ha sido hasta un cierto punto un devoto servidor, silencioso y discreto.

Ahora está mal y se rebela, quiere ser servido, llega a ser exigente y me plantea el problema: ¿qué es mi cuerpo?

Las experiencias vitales, que suponía instintivamente como experiencias de placer, de posesión, de consecución, se manifiestan a un cierto punto como experiencias de privación, de disgusto, de fallo.

Comprendo que no soy el dueño de mí mismo, de mi cuerpo, de mi destino. No soy dueño ni siquiera de mi fin, porque «el cuerpo es para el Señor» (1 Co 6,13).

### **La enfermedad es parte de la vida**

La enfermedad es parte de la vida, no como crecimiento o satisfacción, sino más bien como interrupción, suspensión, peso, molestia. No es un incidente, sino la

manifestación de la condición normal de límite incluida en toda complacencia humana, es algo que me define en mi ser frágil, débil, incierto, deficiente.

Revela claramente lo que está oculto en mí, incluso cuando estoy bien. Y temo la enfermedad, porque no quiero que surja la verdad de mi limitación, de mi pobreza.

### **El núcleo crucial**

En particular, algunas enfermedades, los así llamados males incurables, anuncian que moriremos, que estamos a punto de morir. Anticipan un momento nuclear de la vida, en el que no queremos pensar, en el que no pensamos cuando enmudece el cuerpo, cuando obedece.

No estamos preparados para vivir el último tramo de la existencia terrena; dispuestos a subir a la montaña, aunque áspera, difícil, no nos resignamos a aceptar que se dará un último impulso final hacia la cumbre. O quizás queremos dominar nosotros este momento, «quitar la espina» cuando lo indicaremos nosotros. Nos resistimos a abandonarnos en las manos de Dios.

El miedo a la muerte es el núcleo crucial, que nos une a todos; es un acontecimiento grotesco, que no se puede eliminar.

Si, por una parte, tal miedo es garantía del vivir, en cuanto movilidad promueve los instintos de conservación, de resistencia (como en los supervivientes de las guerras y de los campos de concentración); por otra parte, no se puede eliminar porque arranca de sí mismo, es humanamente invencible. El mismo Jesús lo ha vivido. El único remedio es entrar en oración: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú» (Mt 26,39).

### **Límites de la ciencia médica**

Hoy el enfermo está, por lo menos, confiado a los médicos, a la medicina, a la tecnología. Pero, no basta; no puede bastar. Para el enfermo es necesaria una interpretación de su estado como paciente, y la medicina no puede dársela.

La medicina se preocupa de cómo curar el mal, cómo alargar el momento de la muerte, muy frecuentemente en un tiempo futuro. Pero, existe el riesgo de alterar el tiempo en el que la persona puede alcanzar el significado de la enfermedad.

Es conveniente siempre recordar que la técnica se fija en los medios y que, si presume ser el fin, llega a ser un ídolo.

El enfermo puede querer saber si está en graves condiciones. Hace unos años un sacerdote, afectado con un cáncer, había conseguido leer, escondidamente, el diagnóstico que le afectaba y, a este propósito, escribía: estoy contento de saber lo que los médicos saben de mí; es un derecho mío; deseo con todas mis fuerzas ser consciente de caminar al encuentro de la muerte.

### **Petición de ayuda**

La enfermedad no es simplemente un problema de medicina: es una petición de ayuda, de amor, de sentido.

Jesús, en su vida pública, muchas veces ha venido al encuentro de la petición primordial de los enfermos.

El enfermo, si es ayudado, puede llegar a ser un reclamo potente para todos, expresando desde el propio corazón los sentimientos ignorados y desatendidos, como el valor, la esperanza, el soporte no resignado.

Los enfermos, especialmente si son crónicos, verifican a su respecto un enraizamiento de la cooperación humana. Lo cual, de hecho, interpela vigorosamente a la sociedad civil, esta sociedad en la que domina la «cultura de los sanos».

### **Abrir los ojos**

El mal físico puede llegar a ser un lugar de comunicación, no de ausencia de significado; lugar de comunión, no de aislamiento; lugar de acogida de la alteridad propia y de los demás.

Incluso, el sufrimiento es un lugar de conversión: los ojos se abren de par en par hacia un horizonte capaz de dar sentido a la existencia terrena, que conoce la enfermedad y la muerte. Porque nuestra vida no es un andar al encuentro de la nada, sino del Señor que viene.

### **Mis encuentros con los enfermos**

En estos veinte años de servicio episcopal he tenido muchas ocasiones de visitar a los enfermos en los hospitales y en sus casas.

Recuerdo rostros de enfermos jóvenes y jovencísimos, de enfermos de edad madura, de ancianos, hombres y mujeres. Y he experimentado cómo el dolor puede despertar el alma haciendo nacer aquel ser que, sin el sufrimiento, ignoraría existir y valer enormemente.

Así, he descubierto cuántos significados de la vida los «sanos» están tentados de abandonar.

¡En verdad la persona humana tiene lugares en el corazón, que solamente el dolor pone a la luz!

Los enfermos, que he hallado o que me han escrito –y son muchos– me han enriquecido haciéndome partícipe de su esperanza, de su fe, de su infinita paciencia. Yendo a visitarles o respondiendo a sus cartas he recibido mucho más de cuanto deseaba dar. Del cuerpo del enfermo se puede llegar a comprender el auténtico cuerpo.

Pienso que el planteamiento más verdadero frente a la realidad de la enfermedad es el de la humildad, desde el momento en que no sabemos cuáles serán nuestras reacciones, sensaciones, nuestros sentimientos, cuándo llegará la hora de la prueba.

Una prueba que, antes o después, llamará a nuestra puerta. «Padre, no nos dejes caer en la tentación» (Mt 6,13).

### **Salud y oración**

¿Existe una correlación entre salud y oración? Ciertamente; sobre todo, en el sentido de que muchas oraciones que se hacen (empezando por los salmos y los Evangelios) son peticiones sobre la salud del cuerpo. Frecuentemente decimos co-

mo el leproso: «Si quieres puedes limpiarme» (Mc 1,40), o como el ciego: «Rabuní, ¡que vea!» (Mc 10,51) ... Pero, es también importante subrayar que el ejercicio constante de la oración favorece la calma, la serenidad interior, el buen humor que es un factor de bienestar; incluso, si no es por eso por lo que debemos empezar a orar, sí por el gusto de hablar con Dios.

### **Oración y enfermedad**

El orar de los enfermos es más difícil bien sea por la molestia que sienten, bien por el género de fe que se pone en juego. Pero, precisamente por eso en la enfermedad estamos llamados a descubrir una oración más mística y más esencial. Sólo así estaremos en condición de sufrir en unión con Jesús, con la conciencia de que «completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).